

Un siglo de esplendor

Altiva y universal, la parranda de Guayos marca una era para esta tradición de pueblo, muestra representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad

Alexey Mompeller Lorenzo

Desde el alba el día se anuncia soberbio. Tonalidades, ritmos y destellos opacan la monotonía. Guayos, otra vez, testimonia una batalla donde la artillería reposa segura en la espiritualidad del pueblo.

Antes de que noviembre naciera, la creación se engendraba. Una arquitectura de fantasía viajaba a hurtadillas en los límites de las fronteras roja y verde. En azoteas y fachadas siempre ondean banderas para desafiar las intenciones del extremo contrario.

Diseños textiles, maquillajes, música... Un centenario diálogo fraternal, único en el año, abre paso a lo autóctono. La parranda guayense llegó y dijo.

HERENCIA COMPARTIDA

Remedios, finales del siglo XIX. En la frialdad de diciembre de 1820, el sacerdote Francisco Vigil de Quiñones, Francisquito, incitó a los fieles a las misas navideñas de Aguinaldo, vísperas de la del Gallo, realizada el 24 de ese mes.

A altas horas de la noche, sonidos desorganizados tomaron las calles de la villa. Al frente de la marcha animada por los niños y vecinos con rumbo a la ermita San Salvador de Horta iba el hombre de sotana sudada.

El eco de matracas, calderos y fotutos quebraron el silencio. Los moradores pasaron del sueño a la celebración religiosa. Ni siquiera imaginó Francisquito que la idea devendría el preludio de un gran espectáculo.

“Años después, un mallorquín y un valenciano dividieron los barrios para complementar el jolgorio con fuegos artificiales. De la competencia pensada por el padre para aunar más el pueblo hacia la iglesia, surgieron las parrandas”, refiere Héctor Inocencio Cabrera Bernal, Macholín, historiador de Cabaiguán.

Prendida la pasión en Remedios, con el tiempo comenzó a desbordarse por plazas de la región centro-norte del país. Un conglomerado de 18 comunidades parrandiles, dispersas en territorios de Villa Clara, Sancti Spíritus y Ciego de Ávila, portan signos de una identidad incorporada al ADN de los suyos.

Para 1925 despuntaba Guayos en el mapa de esos festejos. Las potencialidades tabacaleras del terruño arrastra-

ron hasta aquí a vegueros de poblaciones vecinas. La escogida La Bija, joya en la manufactura de la hoja durante la etapa republicana, le puso el sello a los puros distribuidos por toda Cuba.

“A partir del 23 de febrero de 1902, el paso del Ferrocarril Central por la demarcación favoreció el embarque directo de productos, incluido el tabaco, hacia La Habana y otros destinos. En el tiempo muerto de la zafra, llegaba mano de obra a los campos y escogidas”.

Los trabajadores comentaban de las celebraciones realizadas en Remedios y

zonas aledañas. Félix Rodríguez, comerciante procedente de Camajuaní, convidó a otro colono, Arturo Gómez, para aplanar la diversión en Guayos. El primero eligió Cantarrana, al anclar allí su negocio; para el enfrentamiento, el segundo optó por La Loma.

PASIÓN GUAYENSE

El autor del texto Las parrandas de Guayos, Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, escrito a cuatro manos junto a Roberto Hidalgo Valdés y lanzado por Ediciones Luminaria en 2023, señala que en aquella salida inicial la carroza señoreaba con modestia.

La réplica de un bohío ante los ojos de los guayenses simuló el más original de los diseños que concebirían en las décadas por venir. Relatan que las féminas de belleza insuperable subieron a ella para lucir a la típica cubana en su ambiente.

“Cada edición de la parranda superaba a la precedente. Sin dudarlo, los comerciantes la apoyaron al percibir el filón económico. Las ventas prosperaban, mientras el pueblo iba a distraerse y consumir. Parte de esas ganancias las aportaban para sustentar la próxima fiesta, efectuada, por regla, entre los meses de noviembre y diciembre”, acotó.

La parranda define al evento sociocultural insigne de la comunidad, digna representación de la cultura popular tradicional. Las manifestaciones artísticas convergen en un ambiente de “revancha”.

“El teatro y las artes visuales se aprecian en las salidas de las carrozas y los trabajos de plaza, esculturas de luces poco abundantes en Guayos; los muñecos, las farolas y el engalanamiento de

las calles. Música y danza hallan espacio en las congas y arrolladoras comparsas. Las décimas y leyendas representadas en las carrozas toman su base de la literatura”, puntualiza Niuris Pérez Teodosio, metodóloga en la Casa de Cultura Comunal Elcire Pérez.

La contemporaneidad hace gala del audiovisual. Imágenes y sonidos constan en materiales que enriquecen el jolgorio. Pantallas gigantes muestran un derroche de tecnología, sin desvirtuar las esencias de antaño.

Esta institución deviene cátedra a nivel de país en el rescate de la parranda, al indagar en el devenir histórico del fenómeno cultural, sus elementos, cómo se manifiestan en el imaginario popular y su evolución en el tiempo.

“Desde los talleres danzarios de apreciación y creación se forman las nuevas generaciones de comparseros, integrados a proyectos infantiles. La parranda es una competencia amistosa y para su custodia debemos respetarla. Resulta vital ser consecuentes con la fecha fijada para que acontezca en el marco previsto”, especificó.

El changüí no puede verse alejado de este acontecimiento, al anunciar la gran final con meses de anticipación. Destellos pirotécnicos sencillos, carrocitas a la altura de los más pequeños integrantes de los barrios y el sonido de los tambores dan vida a la diversión.

La sensibilidad de Manuel Suárez Hernández, Manolo, encuentra cauce en su taller abarrotado de retazos de telas, botones, bocetos, brillos y cuanto objeto terminará irreconocible para ornamentar la carroza. Al miembro de la Asociación Cubana de Artesanos Artistas (ACAA) le



Para el pueblo de Guayos las parrandas son parte de la identidad y la vida misma. /Foto: Archivo de Escambray



Esta celebración presume por la majestuosidad de las carrozas. /Fotos: Brian Pereda